

conocimiento para no afligirse con él de su vida mortal, y del miserable mundo en que ha de vivir; felicidad es tambien del hombre que en la edad decrepita está para morir, el carecer de conocimiento para no afligirse con las miserias de una vida que acaba, y de una muerte que se la roba. ¡Sabia providencia de nuestro Dios, que niega á nuestro espíritu el conocimiento perfecto de los dos extremos de nuestra vida, para que no le asuste la entrada en ella, ni le horrorice la salida!

CAPÍTULO V.

El hombre en la enfermedad.

No es necesario que preceda la enfermedad para que venga la muerte: faltó al hombre la vida porque su naturaleza es mortal. Segun esto la enfermedad natural del hombre es aquel estado en que, como se insinua ántes, la naturaleza humana, por ser mortal, se destruye á sí misma con su obrar uniforme. Mas porque en la mayor parte de los hombres suele acaecer algun desconcierto de humores, que no procediendo inmediatamente del obrar uniforme de la naturaleza, sino de causas accidentales, les quita la vida ántes del tiempo que prescribe su mortalidad, ó les pone en peligro de muerte, ó les acarrea frecuentes y trabajosas enfermedades, me ha parecido cosa conveniente, despues de la vejez á que sigue la muerte, considerar al hombre en la enfermedad, para suministrarle algunos avisos y consejos saludables de conformidad y paciencia á su ánimo, entónces afligido con la indisposicion corporal que padece, con el retiro en que vive, y con el horror á la muerte que teme.

En

En toda enfermedad, decia Séneca (1), afligen al hombre tres cosas, que son, el dolor del cuerpo, la interrupcion de los placeres, y el temor de la muerte; así se puede decir con verdad, que la enfermedad se hace pesada por el bien de que priva, por el mal que hace padecer, y por el mayor mal de la muerte que hace temer. Yo no dudo que todos estos motivos de afliccion combaten el espíritu del enfermo; mas este no dexa de tener otros muchos con que resistir vigorosamente á tal combate, exercitando las virtudes de un ánimo racional, heroyco y christiano. Para proponer esto con claridad, empiezo á tratar con distincion de los motivos insinuados que afligen el corazon del enfermo.

Todo dolor corporal atormenta al que le padece, y suele abatir su espíritu; por esto se dice que no hay dolor pequeño; porque qualquiera especie de dolor causa disturbio en el ánimo y cuerpo. Y si todo dolor se hace sensible al que le padece, ¿quánto lo será el dolor agudo de aquellas enfermedades en que el paciente parece no poder atender á otra cosa, sino á considerar su tormento? Es inegable que todo dolor, por pequeño que sea, si es continuo, se hace pesado, y si es agudo, se suele mirar como intolerable; mas si bien consideramos esto, el aparecer pesado todo ligero dolor que sea continuo, y representarse intolerable todo dolor agudo, provienen en gran parte de la aprension. El dolor tolerable se hace muy pesado, si dura; ¿mas quién no ve que el cuerpo siente solamente lo presente, y no lo pasado ni futuro? Si el dolor es tolerable en sí, el ánimo le debe considerar como ligero y momentáneo; por-

(1) Epist. 77.

que ligeró es todo dolor tolerable; y momentáneo es lo que solamente puede afligir por un instante el cuerpo. No es este, como nuestro espíritu, capaz de sentir al mismo tiempo lo pasado; presente y futuro.

Si se me dice que á lo ménos el dolor agudo, aunque sea momentáneo, se hace casi intolerable al cuerpo por el tormento que le causa, y por el abatimiento en que á cada instante le pone, yo responderé que no puede aparecer como intolerable; lo que puede sufrir una naturaleza tan flaca como es la del hombre. ¿Quién no alaba la maravillosa providencia de nuestro Dios, con que ha dispuesto que la naturaleza humana no sea capaz de dolores agudísimos? Ningun hombre puede naturalmente ser atormentado agudamente y por mucho tiempo; porque todo dolor, si es agudo, priva luego de sentidos, ó tiene necesariamente sus intervalos. Si un dolor es agudísimo, debe cesar prontamente ó dexando al enfermo, ó privándole de sentidos, ó de vida; ó debe acabar el dolor, ó debe luego acabar el que le padece; así no hay dolor que no sea tolerable.

Prescindiendo de las razones que se acaban de decir, se podrá afirmar absolutamente, que todo dolor se representa al enfermo como muy tolerable por la esperanza que tiene de librarse de él. ¿Quién no admira en todo enfermo la esperanza de sanar con que se mantiene hasta el último aliento de su vida? Esta esperanza es ménos racional que christiana, y se debe mirar como medio prodigioso para sentir ménos el tormento de los dolores. Conoce el hombre, que si Dios con admirable disposicion ha colocado el espíritu en el vaso frágil del cuerpo, expuesto á tantas enfermedades, tambien con singular providencia ha criado el remedio para curárselas, y le ha dotado del conocimiento de la medicina, de la que el mismo

mo Señor se quiere llamar verdadero autor (1). Con este conocimiento comun, y como natural á todo hombre, experimentamos que todo enfermo vive con esperanza de recobrar la salud: ninguno por mas desauiciado que esté, se persuade absolutamente ser su mal irremediable. Una esperanza tan firme y tan comun en todo hombre, no tiene otro fundamento que el conocer la adorable providencia de nuestro Dios, que crió para todo mal su remedio. Si en el enfermo faltára esta esperanza, no dudo que el dolor se le haria mas pesado; mas solamente llega á faltar quando le falta la vida ó el conocimiento.

No juzgo yo reprehensible en los enfermos la constante esperanza de recobrar la salud por mas incurable que aparezca el mal. La razon es, primeramente, porque la experiencia nos enseña constantemente que esta esperanza conduce mucho para sanar. El espíritu es tan poderoso sobre el cuerpo, que como vemos freqüentemente, unas veces con sus afectos le da vigor y fuerzas, y otras le postra y pone en los umbrales de la muerte. En segundo lugar, la esperanza de la salud en los enfermos no es otra cosa que esperar en los medios que el Altísimo le ha dado para lograrla; y esto, quando se hace con la conformidad debida, es cosa santa.

Es pues justo, y conforme á los documentos que tenemos en los libros sagrados, el esperar en las medicinas que con piedad y providencia admirable ha criado nuestro Dios para nuestro remedio. Esta esperanza, aunque fundada en medios naturales, mira principalmente al supremo Autor de ellos que les da la eficacia. Por tanto el hombre, esperando en las

me-

(1) Eccl. 38, .1.

medicinas, debe poner toda su confianza en el Señor, que les da la virtud. Si en las medicinas no echa de ver aquel efecto que desea, no por esto se ha de abandonar á la desconfianza (1), ántes bien con mayor fe y confianza debe orar humildemente al Señor, que le curará. No sea como otro Asa (2), que ponga toda su esperanza en los remedios humanos solos; sino recurra á la piedad de quien, siendo señor de la vida y muerte (3), da la salud y la enfermedad. Así lo hacia el santo y piadoso Rey David quando decia: (4) "Clamé, Señor, á vos continuamente, y levanté las manos á vos. ¿Esperais, por ventura, Señor, la muerte de vuestros siervos para hacer prodigios con ellos? ¿Podrán los médicos resucitarlos para que bendigan vuestro santo nombre? ¿Hay alguno que, perdida la vida, publique ó vocee en el sepulcro vuestras piedades? ¿Cómo en aquella region del olvido y de tinieblas se conocerán vuestras maravillas, y los efectos de vuestra bondad y justicia?"

Si, como hemos propuesto hasta aquí, sirve de consuelo al hombre afligido con la enfermedad, la esperanza en las medicinas, y en el autor de ellas, y de la vida y de la muerte; no es menor el que le deben dar varias consideraciones con que reconozca la enfermedad como prueba amorosa de nuestro Dios, como ejercicio meritorio de su paciencia, y como satisfic-

(1) Eccl. 38, 9. *Filii in tua infirmitate ne despicias te ipsum, sed ora Dominum, et ipse curabit te.*

(2) II. Parap. 16, 12.

(3) Sapient. 16, 13.

(4) Psalm. 87, vers. 10, 11, 12.

tisfaccion de sus culpas. Séneca (1), exhortando á la grandeza de ánimo que debe temer el enfermo, decia: "Si el hombre sufre con heroycidad el dolor de sus heridas recibidas en la guerra, ¿por qué no se mostrará tambien valeroso quando está enfermo en su lecho?" No ménos en este que en la guerra, tiene ocasion de mostrar su valor. "La vanidad de aparecer hombre fuerte, decia Ciceron (2), basta para despreciar todo dolor: es cosa indigna del varon fuerte, gemir, quejarse, y aun dar señas de sentimiento por el dolor: este cede á la magnanimidad." Si estos filósofos juzgaban que el vicio ó la vanagloria de aparecer magnánimo, era bastante para sufrir valerosamente todo dolor, y aun para despreciarlo, ¿quánto mas deberá bastar, no el vicio, sino la verdadera virtud? ¿no la vanidad de aparecer hombre fuerte, sino el conocimiento de ser nuestro cuerpo un vaso frágil, y de ser las enfermedades gages de nuestra mortalidad, prueba de nuestra paciencia, remedio de nuestra soberbia, motivo de nuestra conformidad con la voluntad divina, y pena suave de lo mucho que merecen nuestras culpas?

Estas consideraciones son los medios de que siempre se han valido las personas santas para mantenerse en la enfermedad con la misma quietud de ánimo que tenian en tiempo de salud. ¿Qué consuelo no es ver á tantas personas de virtud, que luchando con los mas crueles dolores, se nos muestran con rostro placentero, y con ánimo superior á toda cosa terrena? Penetradas estas buenas almas de una viva fe, con la que reconocen ser todo gobernado por la providencia

(1) Epistol. 78.

(2) Disput. Tuscul. lib. 2, cerca de la mitad.

cia amorosa de nuestro Dios para nuestro mayor bien, miran las enfermedades y dolores como otros tantos medios para purificarse de todo afecto terreno, y como pruebas de una grandeza de ánimo que se muestra insensible, no por vanidad, sino por el ejercicio de la humildad, paciencia y conformidad con las disposiciones de nuestro Dios. Así un Job, llagado desde los pies á la cabeza, y teniendo un muladar por lecho, estaba fuerte y alegre, bendiciendo al Señor, no ménos en la desgracia y enfermedad, que en la prosperidad y salud. Así una santa Liduina, treinta y ocho años enferma, y reducida á un pobre lecho por treinta años, siempre atormentada con vivos dolores, se mantuvo con maravillosa tranquilidad y alegría de espíritu. ¡Qué grandeza y heroycidad la de estas benditas almas, cuyo sosiego era inalterable; y en las que no tenia más poder la enfermedad que la salud! No es miserable de ninguna manera el hombre por estar enfermo y atormentado de dolores; porque estos, si su espíritu se une con nuestro Dios, no son capaces de quitarle la quietud, serenidad y alegría interior, en que consiste la bienaventuranza de nuestra vida. ¿Será feliz el hombre, que gozando de los placeres del cuerpo, vive en continuo combate y aflicción de espíritu? No: luego nada importa padecer en el cuerpo, si el espíritu, léjos de afligirse, vive alegre en medio de este padecer.

Hemos tratado de la aflicción del hombre enfermo por causa de los dolores que acompañan ordinariamente á la enfermedad: síguese tratar del disturbio que suelen padecer algunos por la interrupción de placeres que causan las enfermedades. Yo no sé como algunos hombres se juzguen miserables por esto, como si fuera verdadero mal la precisa privación del mayor bien terreno. El cuerpo, á diferencia del

del espíritu, siente solamente el mal que padece; mas no siente la privación del bien ó placer de que no goza; por tanto la interrupción ó privación de los placeres se hace pesada al hombre, no porque no los goza, sino por la aprensión de su espíritu vicioso y brutal que los apetece. ¿Mas quién no ve que los placeres humanos, si tal vez agradan momentáneamente al cuerpo, siempre ocasionan grande aflicción al espíritu; y que este por lo contrario sabe, y es capaz de lograr en medio de las enfermedades la verdadera tranquilidad? Las enfermedades, nos dice el Espíritu Santo (1), hacen sobria el alma. Y á la verdad, ¿con qué grande consuelo vemos este efecto en tantos enfermos en que la enfermedad del cuerpo abre los ojos del espíritu para conocer lo vano é irracional de las pasiones de la carne? ¿Qué alegría no es el ver que la enfermedad hace manso, compasivo, dócil, humilde y moderado al que ántes era duro, colérico y desarreglado? ¿En cuántos hombres hemos visto que la enfermedad de la carne haya sanado la corrupción de su mente viciosa? No son, pues, las enfermedades tan temibles como nos las pinta la imaginación: el hombre se hace con ellas incapaz de gozar de aquellos placeres, de los que si nunca pudiese gozar, sería dichoso en el cuerpo y en el espíritu; porque, ¿cuántos y qué repetidos males han acarreado á uno y á otro la glotonería, la soberbia, la cólera, y los demás vicios? ¿Cuántas veces los efectos de estos vicios y placeres mundanos, después de haber dado la muerte espiritual al alma, han ocasionado

(1) Eccl. 31, 2. *Infirmittas gravis sobriam facit animam.*

sionado indisposiciones, dolores y enfermedades peligrosas al cuerpo? Así la interrupcion de placeres que causan las enfermedades, léjos de ser mal físico del cuerpo, causan á este y al alma grande bien.

El último, y quizá mayor mal, que, como se insinuó ántes, causa en los hombres la presencia de la enfermedad, es el temor de la muerte que les amenaza. No hay duda que la muerte es naturalmente temible, aunque no tanto como la quieren temer los hombres. Hay muchos motivos naturales para desterrar este temor, y son muchos más los sobrenaturales que enseñan á recibirla con alegría, como largamente diré en el siguiente capítulo. Por ahora digo solamente, que la enfermedad podrá hacer temible la muerte, como la hace la vejez; y aun no tanto, porque esta es enfermedad natural incurable; ¿y no sería irracional el viejo que viviese en continua zozobra, porque estaba en un estado de vida á quien amenaza la muerte? Lo mismo se podría decir del enfermo á quien afligiese extraordinariamente el temor de la muerte.

No puedo ménos de hacer aquí una debida reflexión sobre la irracionalidad y aun impiedad de aquellos christianos que en su enfermedad dilatan recibir por viático el santísimo cuerpo de nuestro señor Jesu-christo, por temor de entristecerse con la muerte que miran vecina. Esta ilusion es un ardid de que el diablo se vale para que muchos mueran sin el socorro y ayuda de este santo sacramento, ó le reciban sin el mayor provecho por estar casi privados de sentidos. Decidme, enfermos, ¿qué temeis en el santo viático; que así resistis el recibirlo? ¿Creeis que os acelera la muerte? Me direis que ántes bien os puede dar la sanidad del cuerpo, al mismo tiempo que da la gracia que recibe el espíritu. Si así es, y así lo

lo creéis, ¿de dónde, sino de una ilusion diabólica, proviene que el enfermo, y quantos le asisten, conspiren á dilatar el santo viático? Si es medicina del alma y del cuerpo, ¿cómo vuestra fe es tan flaca, que no procurais quanto ántes lograrla y recibirla? Para precaver los desórdenes que en esta materia se experimentan comunmente, el zelo y la vigilancia de los pastores eclesiásticos han ordenado que se deba dar el santo viático á los enfermos al asomarse qualquiera enfermedad peligrosa; y para que esta justa providencia tenga el debido efecto, en varias universidades los profesores de medicina, al recibir grado de honor literario en esta, hacen juramento de avisar al enfermo, ó á los que le asisten, el tiempo y circunstancias en que debe confesarse, y recibir la sagrada Eucaristía. Muchísimos médicos se descuidan maliciosamente en dar este aviso; por lo que algunos enfermos se mueren sin recibir el santo viático, y muchos le reciben ya moribundos. Y he aquí, que este desórden, no poco comun, es causa de daños no solamente espirituales, sino tambien corporales, de la mayor importancia. Se experimenta que suele morir á lo ménos una décima parte de los que reciben el santo viático, porque este se da comunmente quando la enfermedad se ha declarado mortalmente maligna; y segun la idea que se tiene de esta práctica, el decir á un enfermo que se disponga para recibir el santo viático, es lo mismo que anunciar la muerte á su fantasía alterada y tímida. Quanto influxo tengan las noticias funestas para empeorar los enfermos, acelerarles la muerte, y aun quitarles repentinamente la vida, lo demuestran freqüentes casos prácticos; y la medicina reconoce por axioma la muerte cierta del enfermo que desconfia de todo remedio, y pierde totalmente la esperanza de recobrar la salud. Si se

experimentára que moria uno solo de ciento que recibian el santo viático, no produciria efectos funesto la noticia de deber recibirle. Mas no sucederá este caso miéntras el gobierno público no conozca que toca á su inspeccion la execucion de lo que prescribe la Iglesia sobre el tiempo en que se debe dar el santo viático. Este ejercicio religioso merece hoy ser objeto del buen gobierno que procura alejar de la sociedad civil toda sombra de daño ó preocupacion.

¿Y qué se deberá decir del tiempo y de las circunstancias en que, por culpable descuido de muchos médicos, se suele dar el Sacramento de la Extremauncion? Ellos dan motivo para que los heterodoxos infamen el catolicismo diciendo, que en este la Extremauncion sirve mas para ungir cadáveres, que cuerpos vivos. De diez personas que reciben este sacramento, suelen morir nueve; por lo que el avisar á un enfermo para que la reciba, es lo mismo que anunciarle presente é inevitable el fatal golpe de la muerte; noticia capaz de postrar al mas robusto, y de matar no pocos sanos. Antiguamente, por muchos siglos, la santa Extremauncion se daba ántes del viático, y se daba quando el enfermo estaba vigoroso; porque consta, que en algunas Iglesias se repetia hasta siete veces: los enfermos la recibian de rodillas, y tal vez en la Iglesia. Esta antigua costumbre se abandonó (1) en el siglo XIII, quizá por evitar

(1) Edmundo Martene, Benedictino, trata fundamentalmente de la antigua disciplina eclesiástica en dar la santa Extremauncion. Véase su obra *de antiquis ecclesie ritibus*. Rotomagi 1700, 4. vol. 3. En el vol. 2, lib. 1, cap. 2, p. 103. Véase tambien Honorato Tournely, *con-*

tar algunos errores que introduxo la ignorancia, ó la avaricia; y parece que convendria renovarle para evitar los funestos efectos que suelen resultar del descuido de los médicos en avisar á los enfermos que reciban la Extremauncion, dexándolo para quando ya estan en los umbrales de la eternidad. Y hasta que por legítima autoridad se renovase la dicha antigua costumbre, convendria que se diese la Extremauncion inmediatamente despues del santo viático. La Extremauncion es medicina no solamente del espíritu, sino tambien del cuerpo: si su efecto primario consiste en dar la gracia espiritual, el secundario consiste en dar salud al cuerpo; por lo que incongruentemente se da no en la enfermedad, sino á presencia de la muerte.

El tiempo de la enfermedad es aquel en que comunmente se hacen los testamentos; por lo que justamente de estos se debe tratar aquí. No son los últimos momentos de la vida humana los mejores ni los mas propios para pensar en las cosas percederas que han de quedar en este mundo; ni la cabeza de los enfermos está bastantemente despejada para dar la mejor disposicion, quando el espíritu está turbado y angustiado con la enfermedad, con el miedo de la muerte corporal que teme, y con el temor espantoso de su fin incierto por toda la eternidad. Con frecuencia se ve hacerse en la hora de la muerte testamentos contra toda razon, y contra las intenciones que los mismos testadores declararon sanos en perfecto juicio. El hombre juzga del mérito de los bie-

tinuatio praelectionum theologiarum, sive de theologia morali. En el tomo 6, parte 2, tratado 4 de la Extremauncion, cap. 5.

bienes temporales segun la necesidad ó utilidad que de ellos saca ; y como el enfermo que está en las puertas de la eternidad , mira ó desprecia como inútiles todos los bienes temporales , no suele disponer justamente de ellos. El negocio casi mas importante que en el mundo ocurre al hombre , es el de disponer de todos sus bienes : y la decision de este gran negocio , de que suele depender una larguísima cadena de efectos buenos ó funestos , se dexa para el tiempo de la enfermedad , en que el hombre suele tener ofuscado el conocimiento con los dolores del cuerpo , y con las pasiones del ánimo. Nos lamentamos de los desórdenes gravísimos que cada día se experimentan ; y necesariamente deben resultar de una causa que las leyes permiten con infinito daño de la sociedad humana : lamentémonos de estas y de los legisladores , y corriamos sus defectos : no seremos sabios , si no sabemos lo que ellos ignoraron. Las buenas leyes debian determinar , que los hombres, en el primer año en que tomasen estado , ó se hallasen en circunstancias de poder hacer testamento , lo hiciesen habiendo implorado la asistencia del Altísimo con la oracion y ejercicios mas sagrados de la religion ; y que cada diez años debiesen renovarlo. De este modo los testamentos no darian motivo á tantos pleytos é injusticias ; y las leyes harian desaparecer la causa de innumerables desórdenes que inquietan el gobierno público , y siembran la cizaña de la discordia entre las familias privadas.

CAPÍTULO VI.

El hombre en la muerte.

El hombre en la muerte es el hombre en el terrible trance y último periodo de la vida , en que está para finalizar su peregrinacion entre los mortales , y en que se dispone para emprender el largo viage de la eternidad , desapareciendo de la vista de este mundo perecedero. Por tanto , la consideracion del hombre en la muerte nos convida á formar algunas reflexiones acerca de lo que le pasa en aquellos instantes que preceden inmediatamente á ella , y experimenta en el momento mismo de morir. De donde pasará á proponer á quiénes debe ó no debe ser temible la muerte. No por esto pretendo exáminar aquí menudamente todo lo que pasará en aquella hora por el espíritu del hombre. Las circunstancias de esta obra no permiten extenderse en un asunto tan vasto , que , si se hubiera de tratar difusamente , pedia libros enteros ; siendo cierto , que el pensamiento de la muerte , y la preparacion para ella , son una ciencia en que se debe emplear toda la vida , como nos advierte el Señor en su Evangelio. Aun los filósofos , movidos del impulso de la luz natural , conocieron esto mismo ; por lo qual dixo Séneca : (1) "Toda la vida del hombre ha de ser escuela para saber vivir ; y lo que es mas admirable , toda ella debe ser escuela para saber morir." Á todos pertenece , y con todos habla la doctrina de la muerte:

es-

(1) *De brevité. vita.*